



La idolatría del público de México hacia Pedro Gutiérrez Moya, «El Niño de la Capea», ha sido justificada por este extraordinario torero. La tarde de ayer Gustavo Benítez lo captó durante su vuelta triunfal al ruedo, llevando un ramo de claveles y posteriormente en uno de sus inmensos redondos de los que nos recetó cuantos quisimos.

Por ENRIQUE GUARNER

Desde que el 9 de diciembre de 1972 se presentó en la Plaza México el torero Pedro Gutiérrez Moya «El Niño de la Capea» actuando con los dos Curros, Rivera y Leal, siendo es-



¡Nadie torea como El Capea!

te último en la actualidad nuestro empresario; el salmantino se fue paulatinamente convirtiendo en nuestro ídolo. Si bien en aquella lejana época triunfaba tarde a tarde y realizó las espléndidas faenas con los toros «Alegrias» de Reyes Huerta y un año después con «Corvas Dulces» de Garfias, podríamos decir que todavía estaban por llegar sus grandes triunfos. Por razones particulares y según el mismo Pedro me ha dicho, el que Manolo Martínez fuera el amo dio lugar a que durante muchos años nos visitara con cuentagotas.

Para nuestra fortuna en 1985 regresó «El Capea» a México y entonces el 17 de febrero vino la victoria absoluta con el burel que se denominó «Manchadito» de Javier Garfias, y a partir de entonces difícilmente tendremos una buena temporada si él no está presente. La tarde de ayer fue una de las grandes del «Niño», puesto que realizó una espléndida labor con el que abrió plaza, al que desafortunadamente mató con una estocada caída, pero aún así dio la vuelta al ruedo. Igualmente con el cuarto nos demostró lo que es lidiar a un toro y con la izquierda toreando de pitón a pitón dio un curso en tauromaquia. Por último la estocada que había quedado truncada se llevó a cabo en el de regalo del que muy justamente se ganó la oreja.

Por otra parte Miguel Espinosa, quien había tenido una tarde desigual, logró sacarse la espina con dos buenas series de naturales, por las que se ganó un apéndice.

Juicio crítico

Ante una entrada muy buena en numerados y mediocre en generales hicieron el paseo de cuadrillas: «Niño de la Capea» en azul marino, Miguel Espinosa de champaña y Mauricio Portillo en verde bandera, siendo los tres ternos bordados en oro.

El ganado

Se lidió una corrida de Xajay que actualmente pertenece a la familia

Sordo Madaleno y que pastan en Querétaro. Los siete astados fueron bien presentados con cornamentas y cabezas adecuadas, sin exageraciones, puesto que los dos primeros no resultaban excesivamente grandes. Hubo cinco negros, uno entrepelado y otro con pinta en berrendo lucero y calcetero.

En relación a su juego tomaron hasta 13 puyazos recargando en la mayoría de ellos. Detallándolos el que abrió plaza fue fácil y «el Capea» lo supo aprovechar. Mal se vio Miguel Espinosa con el berrendo que era absolutamente de bandera y que mereció el arrastre lento. El tercero resultó incierto y con sentido sin un solo pase el cuarto. No valieron nada ni quinto ni sexto y solamente el arte y sabiduría del «Niño» se impusieron en el séptimo. También se lidió un manso de Cabrera que no tomaba puyas y que sin embargo, embistió con nobleza en el último tercio.

Pedro Gutiérrez Moya «El Niño de la Capea»

Menuda tarde tuvo, casi podemos decir que sin desperdicio y dando cátedra de lo que nosotros conocemos como el buen toreo. Se enfrentó en primer lugar con «Cascabel» que pesó 538 kilos, y Pedro, lo recibió con seis estupendas verónicas y media avanzando hasta los medios. Cuando coloca al toro frente al picador soltó bellamente la punta del capote y su quite con cuatro chicuelinas y media fue de antología. Durante el tercio de banderillas vimos como el peón Mateos hizo el ridículo con dos pasadas en falso y el juez, Eduardo Fabela, preguntó graciosamente: ¿Cómo se llama ese cuate? manifestación que escuchó toda la plaza. Con la muleta el «Capea» estuvo enorme con series en redondo estructuradas con una calidad extraordinaria. En un momento se produjeron naturales y pases de trinchera que levantaron a la plaza, para colmo los cuatro finales resultaron inmensos. Pedro intentó

matar recibiendo y no pudo lograrlo más que a un tiempo con estocada baja, lo cual le hizo perder las orejas que tenía ganadas.

Bien estuvo con «Alteño», que llevaba un peso de 518 kilos, y ante el cual se mostró tan torero que no hubo más remedio que aplaudirlo, sobre todo en los pases finales de tirón. Mató de media y descabelló al segundo intento. Regaló a «Cabezón» con 494 kilos y aunque de capa no tuvo éxito, si lo alcanzó con la muleta donde hubo pases dignos de un cuadro de Ruano Llopis. Mató con una estocada que quedará en la historia, puesto que empujó tanto la espada en todo lo alto que se clavó una banderilla que estaba en el lomo. Eduardo Fabela inteligentemente concedió una oreja que se le llevó a la enfermería.

Miguel Espinosa

En el sorteo de ayer mi querido José Manuel Espinosa me hizo un chiste sumamente gracioso cuando al saludarme se presentó diciendo: «Soy el apoderado del novillero Miguel Espinosa». La carcajada fue general y aprecio el que se tome a broma parte de mi crítica. Creo que el humor no debe desaparecer nunca de la fiesta de toros. La tarde de ayer Miguel parecía naufragar al haber desaprovechado al fantástico berrendo, pero para su fortuna se rehizo con el cabrerío de regalo al que le instrumentó dos series de naturales, que si las diera con la suficiente frecuencia haría que me volviera «Armillita».

Se enfrentó en primer lugar a «Palomo Blanco» de 548 kilos, al que recibió con buenos lances y revolera. En banderillas vimos dos excelentes pares de Felipe Kingston, pero con la muleta las series iniciales de Miguel resultaron rápidas y sin temple. Poco a poco fue encontrando algunos pases de calidad pero no los que el animal debía haber tomado, por lo que la faena terminó entre dudas. Además mató pésimamente con tres pinchazos y hasta ocho descabellos. En forma chusca salió al tercio para escuchar chiflidos. Peor estuvo con el quinto de nombre «Carcelero» que pesaba 494. Con éste no hubo un solo pase decente de Miguel, por lo que regaló a «Pachón» de Cabrera con 548 kilos. La faena de Miguel no fue todo lo limpia que quisiéramos, pero como dijimos arriba surgieron dos series de naturales superiores y dignas de un torero de primera categoría. Mató de pinchazo y estocada recibiendo una oreja algo benévola.

Mauricio Portillo

Poco se puede decir de él, puesto que no tuvo toros a modo. De cualquier manera se vio como su terno, muy verde y embarullado.

Se enfrentó primero a «Andariego» con 474 kilos, y lo único que recuerdo es un quite por chicuelinas antiguas de las que se enorgullecería Pérez Prado. Con la muleta estuvo infructuoso aunque valiente. Mató de metisaca, media desprendida y descabello. Tampoco hay nada que recordar de su actuación con «Luna Negra» que pesó 496, donde además de unas gaoneras en que el torero parecía una mariposa y un trasteo mediocre no hubo más.

En resumen, el sitio del «Capea» nadie lo regatea.



Ante «Palomo Blanco» de Xajay, Miguel Espinosa dejó con cuentagotas detalles de su calidad, pero el astado estuvo por encima de él.